

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincias: Tres meses, 7/50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO



DIRECCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 54

Sevilla.—Miércoles 6 de Marzo de 1901

AÑO XXV.

Los mismos obstáculos

Con este Gobierno que nos ha deparado la suerte, flamante, pródigo en ofrecimientos, con sus alardes de democracia y sus pujos de restaurar la Hacienda, tan averiada y maltrecha por todos los partidos y gobernantes del ya largo período de la restauración, sucederá lo que con el que se ha ido ante la grito del país y ante los clamores de la opinión, pero principalmente por las luchas, los celos y las envidias de esa docena de fracasados que se atribuyen todos ellos el secreto de la salvación de España, después de haberla puesto a las puertas de la muerte y en el trance de la deshonra, más grave aún que la muerte misma.

Hubo quien calificó de sarampión, que obligadamente había de pasarse, la primera exaltación de los liberales a los consejos de D. Alfonso XII, quien, no por amor a los principios, sino por verdadera necesidad y conveniencia suya y de su descendencia, tuvo que apechugar con otorgar su confianza al antiguo ministro de la revolución, ya que en aquellos críticos momentos de Febrero de 1881 una importante conjura de deshechos, en inteligencia con el partido republicano, se proponían dar la batalla al régimen y apelar a los procedimientos de fuerza, en estrecha unión concertados, para que pueblo y ejército se alzarán a una sola voz. La condición humana es así.

Generales que se hallaban en viaje para los puntos de su destino, hombres políticos que figuraban a la cabeza de aquella conjura, así que supieron que el rey había otorgado sus poderes y su confianza a Sagasta, abandonaron sus puestos, se olvidaron de sus compromisos y de sus juramentos y prefirieron la traición con el provecho de los altos cargos, que el honor de la palabra empeñada.

Después vinieron los resellamientos, los cambios de frente a virtud de las dádivas y mercedes del rey y sus ministros, y por el portillo abierto a la inconsecuencia y a la deslealtad fueron pasando todos lo que no tenían fe en las ideas y todos los que ambicionaban el pan nuestro de cada día, aunque hubiera que recibirlo con vilipendio.

Pero aquel Gobierno que se llamó liberal y democrata no pudo realizar los problemas planteados en orden a las soluciones liberales; no pudo restablecer, sino mixtificadas y atenuadas, las aspiraciones del pueblo español, y tanto en la Península como en las colonias, siguió imperando un régimen de verdadera reacción, porque la derecha reclamaba garantías y había que ofrecerlas.

Lo que no había permitido Cánovas en su primer período de mando, lo toleró, lo autorizó Sagasta. Poco a poco fueron entronizándose jesuitas y frailes, monjas y beatas, y poco a poco fueron recabando los obispos preeminencias y privilegios, hasta llegar al estado en que nos encontramos actualmente.

Desapareció el representante de la restauración, y vino la regencia, también con estos mismos liberales, a acentuar más y más la nota clerical y fraileña, dándose el espectáculo nuevo de ver desfilar en la recepción palatina a la mayoría de los cogullados, que nunca, desde los tiempos de doña Isabel, habían concurrido, por eliminación, a estas ceremonias.

El pacto se cumplió, y el clericalismo adquirió cada día mayor fuerza y autoridad, imponiéndose a todos y mandando como dueño y señor único, por derecho de conquista.

Vinieron los desastres, y el pueblo sintió el golpe, y calló y dejó hacer, y la imposición creció. Llegó el partido conservador, y se ofreció al país la mayor calamidad económica financiera, que cargó con todo, y el pueblo dejó hacer; y Gobierno y jesuitas se lanzaron ya descaradamente a todos los abusos, y el escándalo de Navarra, y las provocaciones del Corazón de Jesús, y las escandalosas captaciones de doncellas ricas y guapas, y los secuestros de moribundos adinerados, y todo, en fin, cuanto pudiera representar el crimen, lo realizaron los jesuitas y los frailes y las monjas.

Electra fué la señal, y el asunto Ubao el motivo para que el pueblo saliera de su mansedum-

bre y se lanzara a la calle pidiendo que se ejecutara la sentencia fulminada por Máximo; que se matasen a todos los Pantojas, y que se les quemase la casa.

Aquel gran movimiento de opinión no ha sido vencido ni destruido por las satisfacciones ofrecidas al pueblo desde arriba; se ha aquietado por los bandos terroríficos del estado de guerra, y hoy resurgirá de nuevo, porque ni ha desaparecido la causa, ni los hombres que han recogido el poder de manos de la Corona son garantía para que desaparezca, por lo que hemos dicho siempre que el mal está en el régimen.

Los mismos obstáculos que oponen los conservadores, los oponen los liberales, que tienen que vivir de esta ficción constitucional, perfectamente sujetos al Vaticano y estrechados por todos los intereses de las estancias jesuíticas, no sólo las consagradas a los rezos, sino esas formadas por las grandes compañías y por todos los intereses egoístas de los elementos que odian a la verdadera libertad y que son jurados enemigos de las soluciones francamente democráticas.

Se tratará de revocar la fachada del edificio labrándole exteriormente y tapando con mezcla las hienas; pero, como está ruinoso, tendrá que venir necesariamente a tierra, porque a esto obliga todo el lastre neo y reaccionario.

Este nuevo ensayo no debe merecer ni benevolencia, ni espera de los verdaderos demócratas, ni del pueblo trabajador. Es la quinta edición del engaño y debemos huir de caer nuevamente en la red tendida.

Como el enemigo es el régimen, el cambio de postura para nosotros no significa nada y debemos continuar en el camino emprendido con mayores empeños.

A. A.

Murmuraciones

¡Eal Ya sabrán ustedes que ha sido llamado a formar diputaciones y ayuntamientos el señor Marqués de Paradas, y a formar ministerio el Sr. Sagasta.

La noticia ha caído en todas partes como caen las brevas cuando están maduras, porque ya se sabía que no habría otra solución para el trono de Caserta.

Apenas comenzaron a llegar ayer telegramas, empezaron a hacer la maleta los políticos andaluces, y el expreso de Madrid salió atestado de futuros gobernadores de provincia, de futuros jefes de policía y de futuros muñidores electorales.

¡Y allá están!...

Respecto a la formación del ministerio, todavía no se tienen noticias concretas.

Se indica para Marina—¡vaya cal!—al señor Duque de Veragua, que es almirante honorario....

¡Epigrama sangriento!... Como la Marina que tiene España es honoraria, en lo que respecta a la hora de navegar, porque a la de cobrar es efectiva, le ponen como figura principal al almirante honorario de la nación.

Todos los demás ministerios están en tratos. Se espera confiadamente que haya un arreglo entre los padrotes del fusionismo, y que Sagasta podrá presentar a la suegra de Caserta un ministerio de altura... de una altura incommensurable.

Las figurillas de biscuit que han venido figurando en la política local sevillana, una vez pasado este chaparrón de inmundicias, volverán cada una a su puesto.

El ilustrísimo señor Alcalde primero bajará desde el alto sitial que ocupa y se irá a cubrir su plaza de catedrático auxiliar sin bastón con borlas.

Pepitilla solicitará una plaza de visitador de Consumos.

Y todos los ilustres conservadores, todas las ilustres notabilidades pendolistas, volverán a su envidiable puesto de D. Nadie, a aguardar... las habas verdes.

¿Conque el Marqués de Paradas comisionó a dos amigos a que fueran a enterarse quién escribió aquel artículo que *El Porvenir* publicara en tonos claros y altivos?... ¡Muy bien hecho, muy bien hecho! Vamos a ver: ¿y qué dijo cuando supo la persona

que cometiera el delito?...

Los amigos le dirían:

—Marqués, se sabe de fijo que ha sido escrito con tinta por un tal don Pepe Inigo.

¿Qué le parece que hagamos?...

—Quedarse a comer conmigo....

Cuando lo leí, ya dije:

¡Esto debe de ser de Inigo!

Pero quise cerciorarme, porque, sabiéndolo fijo, puedo decir:—Pues... Fulano, ese es el que lo ha escrito.

**

Rastra que deja el ministerio conservador:

«Esta tarde se ha dicho que uno de los exministros nuevos de la Unión conservadora ha declarado que reclamará los derechos pasivos de ministro, y que, si se le negaran, acudiría en alzada al Tribunal de lo Contencioso, fundándose en que el decreto de Silvela sobre las cesantías no puede derogar los derechos establecidos en la ley.»

¡Qué agallas tendrá este patriota conservador!

No se dice quién es, ¡pero a que señalamos a Ugarte y no nos equivocamos!

Todos los neos son así.

**

Un trozo de un artículo de *El País*, en el que se ocupa de ladrones, santos, caciques y prostitutas.

Vaya canela:

«La Iglesia, que ha canonizado hombres de todos los oficios y profesiones, que tiene santos guerreros, cómicos y hasta un ladrón y algunas prostitutas en santoral, no tiene, que sepamos, en los altares ningún cacique.»

Nada hay tan contrario a la beatitud y a la santidad como el ejercicio del caciquismo, que lleva consigo la injusticia y excluye la caridad. Únicamente la usura, entre todos los medios de vivir, incluso los más viles, el robo, la prostitución, el engaño, se hallan en el mismo caso. De aquí que no haya un santo cacique ni un beato usurero, con adorarse ladrones arrepentidos, prostitutas arrepentidas también, verdugos, déspotas tocados en el corazón por Dios, escribanos honrados y hasta bufones, juglares y cómicos de la legua, cuando esa profesión era injustamente despreciada.

No sabemos si cuando mueran Pidal y Gamazo introducirá la Iglesia en el santoral la peligrosa novedad de canonizar al primero y beatificar al segundo, encontrándose nuestros descendientes con la novedad de adorar a San Alejandro Pidal, patrón de los caciques, y a San Germán Gamazo, abogado de los usureros.»

Andando el tiempo como es costumbre que ande, esto es, hacia atrás, ¡quién lo dudal

Y así como Santa Bárbara es patrona de los artilleros, y San Juan Nepomuceno patrón, de los escribanos, San Gamazo será patrón o capitán, de los Felipe Cuba de la grey católica.

El compromiso de esta gente estará cuando llegue la hora de grabar el sello que haya de servirles para su documentación.

¿Qué armas van a poner?

¡Unas de gavián en campo de pagarés, con dos ganzúas cruzadas.

**

El milagro del bonete del que una monja me habló en carta que he recibido por el correo interior, me aseguran que es un hecho verdadero que pasó. Y que las ropas usadas del virtuoso señor son talismanes sagrados con los que curan a los...

¡Caramba con *Carolina*, y qué industria me sacó! Tomado el asunto a broma, no me causaba emoción; pero sabiendo que es cierto, que en un convento pasó, me ocuparé en este asunto con alguna detención. ¡Vaya con los pajecitos! Quieren que muera en olor de santidad virtuosa el virtuoso varón, y andan vendiendo sus trapos como reliquias de Dios... ¿Quién quiere unos calcetines para curarse un dolor?...

**

De mi querido colega *El Liberal* de Sevilla:

«Londres 4 (11-30 n.)

Se calcula en doce mil francos los gastos que originará a Inglaterra la guerra del Transvaal.»

¡Calcular es! ¡Calcular es!

¿Y de dónde va a sacar Inglaterra la enorme suma de doce mil francos?

Es verdad que, si no la tiene a mano, se la podrá prestar el colega que, para sus gastos y obligaciones mensuales, gastará... tres ó cuatro veces la guerra del Transvaal.

**

El general Weyler, Alejandro madrileño durante la pasada época de suspensión de garantías y estado de guerra, multó y mandó detenido al actor Sr. Moncayo por haber cantado este señor en un teatro madrileño un *couplet* escandaloso.

El *couplet* que tanta sensación le causara al general, es el siguiente:

«La sobrina de un trapero,
Que por fin se va a casar,
PA que tóo se quede en casa,
Con su primo va al altar.
El trapero ha repartido,
Como es moda, invitación,
Para que la gente vea
El riquísimo *trousseau*.
Y entre todos los regalos
Ha causado sensación
Una boina para un chico
Por si tienen sucesión.»

De modo que el capitán general de Madrid, por sí y ante sí, se erige en protector de la sobrina de un trapero que se casa con su primo.

Señores: ¡lo que sufrirán los pobres *negos* de la Habana cuando dicho general estaba allí de virrey!

¡Con esa penetración que tienen!...

**

Leo en un colega malagueño:

«Uno de tantos agoreros como en Málaga se despachan a su gusto, decía ayer en importante círculo que el presente año de 1901 será fecundo, por lo que a España respecta, en la frecuente caída de los gobiernos.»

Eso nos divertirá algo, pues los duelos sin malos gobiernos son menos.

Y hasta puede que llegue el caso de que alguno de esos futuros gobiernos caiga de latiguillo.

¡Y adiós mi dinero!

¡Mi dinero, no.

Nuestro dinero.

Suponiendo que, al caer de latiguillo, se lleve la bolsa nacional.

Que se dan casos.

CARRASQUILLA.

EL COCHERO AL TRAVÉS DE LOS SIGLOS

Nadie se acuerda de Santa Bárbara hasta que truena, como nadie se acuerda de los cocheros hasta que vuelca el coche, ó del maquinista hasta que descarrila el tren, ó del barbero hasta que se mira en el espejo un chirlo en la cara. Los cocheros son personajes de actualidad. Obsequiosos con el gobierno que nos manda, han querido ofrecerle espontáneamente un Viernes Santo, es decir, una huelga de cocheros, Quizás un día de estos no haya coches en Madrid.

Ahora es cuando nos acordamos todos del *Simón*, de aquel cochero a quien las parejitas fugaces de enamorados por horas suelen cantar el

«*Buenas noches, señor Don Simón*»,

y a quien se cantará y se venerará mañana cuando se note cansancio en las piernas, y las distancias del raquítico Madrid parezcan las de París ó Londres. Entonces se echará de menos al jamelgo cansado, que cansado y todo nos conducía entre latigazos y tropezones; al cochero cerill, que cerill y todo nos llevaba sin fatiga al través de la Corte; al coche, ataud pringoso y manchoso, que apesar de sus manchas y pringue nos servía de improvisado cuarto en que desafiábamos las inclemencias de la lluvia ó los rigores del sol.

Se ha escandalizado, sin embargo, la gente de Madrid de las exigencias de los cocheros, hartos justos, hartos razonados, si se las compara con los servicios que prestan con sus jamelgos y con sus vehículos. Mas hora es ya de decir que el cochero y sus adherentes han sido en todas las épocas y serán lo mismo.

Demos una vuelta en coche de alquiler al través de la historia. No me ha de servir esta erudita excursión para entrar en ciertas Academias de Madrid, donde tantos *Simones* parados hay y tantísimos académicos de alquiler toman el pienso. Pero distraeré a mis lectores un rato.

Paremos el coche:

«Los caballos de Aquiles, que distantes estaban de la lid, desde que vieron que a manos de Héctor, perecido había su conductor, lloraban afligidos. Y por más que a marchar les aguijaba con el látigo hiriéndolos ligero Automedonte, el hijo valeroso de dioses, y en palabras cariñosas les hablaba unas veces, y con dura represión otras veces castigaba su inobediencia, ni marchar querían hacia atrás.» (La Iliada, libro XVII.)

¿No recuerdan esos mitológicos caballos de Automedonte, «que no querían marchar», al primer cocherero Simón clásico, a los cansinos caballos de hoy?

Sigamos:

«El carro de Neptuno iba arrastrado por caballos marinos que tenían cola de pescado y cuerpo cubierto de escamas.

Habiendo un día perseguido a Ceres, esta diosa se convirtió en caballo.» (Menard, Mitología.)

¡Véase cómo el origen de los caballos-sardinas que mueren en nuestras plazas de toros se remontan a los primeros tiempos de la humanidad!

Adelante:

«Enterneado por las súplicas de su hijo, juró concederle lo que pidiera, y éste pidió le dejara guiar su carro. Accedió a ello, si bien pintándole los peligros a que tan fogosos caballos le exponían, débil e inexperto guaiador o cocherero como era. Saltó en el carro de su padre, y notaron los caballos que torpes manos les regían. Tanto subían como bajaban desde les estrellas a las llanuras. El conductor tiró las riendas y cayó en tierra.»

¡Parece esta descripción la de uno de los cocheros simónes que se pasean borrachos por Madrid los días de huelga!

El torpe cocherero mitológico es, sin embargo, nada menos que Faeton.

Parémonos en Roma:

«De niño jugaba con cochecitos de marfil. Luego quiso guiar carros y se dió muchas veces en espectáculo. Después de haberse ensayado durante algún tiempo en sus jardines delante del pueblo y del populacho, presentose a los ojos de todos. No contento con haber mostrado su habilidad en la capital, mostrála en las provincias.»

¿Quién era ese cocherero simón romano?

Pues el propio emperador Nerón, a quien Suetonio nos presenta en su «Historia de los doce Césares» como a uno de los primeros cocheros del mundo clásico.

Demos un tropezón en el coche que nos conduce al través de la historia, y pongámonos de un salto en la España, en la época de los Felipes.

Estos adoptaron la moda de los coches, introducida por Margarita de Austria, que truxo a Castilla carros de cuatro ruedas, según ha averiguado el director de Obras públicas D. Pablo de Alzola en su notable libro Las obras públicas en España.

Véase qué género de coches simónes usaban nuestros reyes, según nos lo describe el periodista de Felipe IV, Jerónimo de Barrionuevo, en sus famosos Avisos de la Corte.

«Sabado 18 vinieron los reyes é infantas de Aranjuez, todos en un coche, en dos días, como quien se venia paseando, habiendo los lugares, allanado los caminos antes y hecho consulta los médicos, vendría así mejor la reina sin peligro de algun barranto en que se volcase.»

Volviendo el rey al Retiro atropelló con el coche un jumentillo de un pobre hombre que sacaba tierra, y aunque procuró detenerse, lo hizo pedazos: clamó el hombre la pérdida de su hacienda, y le hizo dar un doblón de á ocho.»

«Unas tapadas procuraron por la salud del príncipe, y el rey les quitó el sombrero.»

«Josepe de Fuentes, sombrero de la Plaza, pidió un coche para que fuesen sus mujeres al río. Era el cocherero de los de guarda, y en un instante se concertó con cuatro de la carda le esperasen en un puesto que él volcaría la carga. Hizolo así; quitáronles lo que llevaban, y aun dicen que se aprovecharon de todo. Huyó el cocherero con los demás, y no hay rastro.»

«Grandes pramáticas se esperan. Ordénanse á reformas de trajes y de coches; que ninguno que no sea señor ó presidente del Consejo, lleve más de dos mulas en su coche; que los que rodaren, de cualquier dueño que sean, paguen el empedrado de las calles, que ellos las desempeñan, y no los pobres que las pisan á pie.» (Estudie el Sr. Allendesalazar, si aun es ministro, este curioso, justísimo y popular impuesto.)

«A los 22 vinieron Madrid de reboso los reyes á ver su hija, y cayeron las mulas, quebrándose las piernas los dos cocheros.»

«Van notificando á todos los que tienen coches comparezcan en la sala de los Alcaldes, excepto los ministros, que en llegando aquí es Noli me tangere.»

(Aprendan los ministros que se pasean por las calles de Madrid estropeando el empedrado.) ¡Qué cocheros los del siglo XVIII! Los de hoy son ángeles á su lado.

Tomemos carrera y plantémonos en el siglo XIX.

Véase cómo han sido y serán los alquileres de coches, según Larra:

«Como el birlocho parecía un capricho de Goya, fuimos á casa del alquilador.

«¿Que tiene usted que pedirle á ese birlocho y á esa jaca sobre todo?—me dijo echándome á la cara una interjección expresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos.

«Véale usted despacio—le contesté.

«Pues no hay otro. ¡A París por gangas!»

añadió.

«Podiera usted tener más respeto—repuse.

«Nadie es más que yo, don caballero ó don lechuga; si no acomoda, dejarlo. ¡Mire usted con lo que se viene al seor levosa! A ver, chico, saca un bombé nuevo; ahí en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno.» (Larra-Crónicas.)

Estudiemos al cocherero simón, según Mesonero Romanos, en el año de 1837:

«Pilotó en aquel timón,
Sentado en su delantera,
Un infanzón de Cantabria
Tiene en sus manos las riendas,
Un capote franciscano
Su tosca persona encierra,
Y un sombrero desalado
Metido hasta las orejas.»

(Mesonero Romanos.—El coche simón.)

Pongamos como paréntesis del vulgar cocherero español al cocherero romántico, según el famoso novelista ruso Tourgueneff.

«Me agradaba tomar un coche cuando vivía en San Petersburgo, uno de esos carricóches embadurnados de ocre y tirados por un jameugo que guían los labriegos de las cercanías. Era el cocherero un mazo de veinte años. Estaba triste. Se le había muerto su mujer. Era joven. Al saberlo—dijo el cocherero—me fui á la aldea. La casa estaba desierta. No se oía más que el canto del gillío en un rincón. ¡Marta! decía llamándola y llorando. ¡Ay, Marta! Y sin soltar las riendas de cuerda se enjugó una lágrima con su guante de cuero. Y el trineo corrió sobre la helada sábana de la calle desierta, invadida por la bruma gris del frío Enero.»

(Tourgueneff.—Cuentos.)

Y ahora perdonen mis lectores que copie lo que piensa el antiguo jefe de policía Mr. Goron de los cocheros de París:

«No se habrá olvidado la clásica broma del estudiante que se paseaba por los Campos Eliseos con las cortinillas del coche bajadas. Pero en cada portezuela colocaba una botita de mujer calzada con una media muy blanca—entonces no se usaban medias negras.—Botitas y medias se agitaban desesperadamente en medio de las risas de la golfería y del escándalo del público serio. No había aodado cien metros el coche, cuando los polizontes indignados le detenían, y echábanse á reír como tontos al encontrar en él al estudiante, que tenía los brazos cubiertos á modo de guantes, con las medias blancas, y agitaba una botina en cada mano.»

¡Tapal! Tapal!

Al llegar aquí se detiene el coche-simón de las citas históricas. No podemos ir á citas mientras haya huelgas. ¡No tenemos coches con cortinillas!

RODRIGO SORIANO.

De actualidad

El Sr. Sagasta está encargado de formar el nuevo ministerio.

Recopilando todas las noticias que han llegado por telegramas de Madrid, á continuación transcribimos las que tienen más importancia.

En general la solución dada á la crisis ha producido buen efecto en la opinión, por la tendencia que supone.

Hay grande ansiedad por conocer la constitución del nuevo gobierno, así como sus planes y propósitos.

Sagasta ha telegrafiado con urgencia al señor Montero Ríos, que se encuentra en Lourizán, ofreciéndole la cartera de Gracia y Justicia.

Créese que la aceptará.

El marqués de la Vega de Armijo visitó al Sr. Sagasta, celebrando con él una extensa conferencia.

Al salir dijo que había hablado en términos generales de lo futuro.

El general Weyler también visitó á Sagasta con objeto de proponerle el levantamiento del estado de guerra.

Conforme en ello Sagasta, mañana se reunirán las autoridades para acordar dicha medida. Preguntado el general sobre si ocuparía la cartera de Guerra, contestó:

«Me encuentro bien en la capitana general —

Es imposible todavía concretar la candidatura del nuevo Gobierno.

En los círculos políticos lánzase multitud de nombres, que me abstengo de telegrafiar.

Dícese que Sagasta se propone que constituyan el ministerio elementos caracterizados, y sobre todo de antecedentes parlamentarios. Hasta mañana no se sabrá nada definitivo.

La casa del Sr. Sagasta se halla concurridísima.

Aunque se supone que el jefe de los liberales tiene ultimada la lista del ministerio, la reserva á todo el mundo.

En vista de haberse negado el Sr. Canalejas á aceptar la cartera de Hacienda, que le ofrecía el Sr. Sagasta, esta le será confiada al señor Puigerver, que se hallaba designado para la de Gracia y Justicia.

Al Sr. Puigerver, que se encuentra en Valencia, le ha sido telegrafiado para que regrese á Madrid enseñuida; mas como tiene señalada para mañana la vista de un pleito, no podrá jurarlo hasta el jueves próximo.

Circulan ininidad de candidaturas para desempeñar las carteras.

El primer prohombre del partido liberal con quien confirió el Sr. Sagasta para la formación de Gobierno fué el Sr. Canalejas.

Aquel solicitó su concurso personal como base principal para la constitución del nuevo ministerio.

El Sr. Canalejas, agradeciéndole la deferencia, le dijo que se complacería en que acabara su vida política cumpliendo el programa liberal, satisfaciendo así á la opinión, pero que no podía prestarle su concurso personal dentro del Gabinete.

Después añadió:

«Si usted realiza la política democrática radical de mi periódico, seré ministerial de usted. Mi palabra estará al servicio de su política, pero no mi voluntad.

Sagasta le contestó que no se daba por satisfecho ni por convencido.

Créese que insistirá.

Los únicos candidatos que parecen seguros son:

Moret, para Estado.
El marqués de Taverga, para Gobernación.
Urzáiz, para Hacienda.
Weyler, para Guerra.
Y el duque de Veragua para Marina.

Al Sr. Puigerver no se le dará ninguna cartera porque prefiere la Dirección del Banco Español á la presidencia del Supremo.

Aún no se ha recibido la contestación de Montero Ríos sobre si acepta ó no la cartera de Gracia y Justicia.

Sagasta considera necesario que la acepte, aun cuando después pase á la presidencia de Senado, para que sea Montero quien inicie las negociaciones con Romero sobre las cuestiones religiosas.

Solicitan dicha cartera los Sres. Sanchez Román, Garnica y Martínez del Campo.

Se cree que Montero Ríos indicará á uno de estos dos últimos.

En Irún ha ocurrido una explosión de dinamita, al pretender abrir una caja que contenía cartuchos.

Han sido extraídos de los escombros dos muertos y tres heridos.

A grande distancia saltaron enormes pedazos de hierro, rompiéndose muchos cristales de la población.

Gracias á la hora en que ocurrió la voladura, siete y media de la mañana, ésta no tuvo todas las consecuencias que hubiera tenido de ocurrir más tarde.

Es digna de elogio la conducta del vecindario, que acudió á prestar sus auxilios, y que fué retirado á viva fuerza por las autoridades.

Se dice que aún quedan por despachar más cajas de explosivos.

Al ocurrir la voladura se hallaban próximos al lugar del suceso, ocupados en abrir bultos, numerarlos y despacharlos, un capataz y cuatro arrumbadores.

Supónese que uno de los mozos intentó abrir la caja que contenía cartuchos fulminantes para barrenos de minas, produciéndose entonces la explosión.

Los vecinos, alarmados, corrían en todas direcciones, inquiriendo la causa de la detonación.

El peso total de los cartuchos que explotaron era de 3,772 kilos.

Además de los daños ya telegrafiados se destruyeron varios automóviles, numerosas cajas de Champagne, fardos de plumas y cinco vagones franceses.

gunos restos humanos que, recogidos en estacas, se conducen al gobierno civil.

De algunos cadáveres no se han encontrado más que pedazos de las ropas que vestían.

Grandes columnas de hierro han sido pedradas en varios pedazos.

Las habitaciones que ocupaban el jefe de estación y el restaurant de la misma han quedado destruidos.

Un trozo de viga de hierro, impulsado por la explosión, llegó hasta la marquesina, atravesándola y haciendo un enorme boquete.

Las víctimas de la catástrofe son: el capitán de Aduana, José Prevín; los mozos José Esteban Aizpurúa y el operario Jerónimo Cuona.

Se ignora todavía el número exacto de víctimas.

«Mariposas»

Es el título de un precioso librito, linda lección de madrigales, que acaba de poner manos del público la inspirada pluma del poeta José Muñoz San Román.

No trato de elogiar la obra, que en sí tiene bastante valor para recomendarse y merecer cuando de ello se encarga, en un méfico prólogo, la castiza pluma del docto académico D. Francisco Rodríguez Martín. Desecamente encomiar la oportunidad y valentía autor al escribir sobre un género tenido por muerto y desaparecido, lanzando así una protesta y soberbio mentís contra esa mala escuela, cúmulo de transgresiones de las glag retóricas y baldón para la hermosa literatura de Cervantes, que se hace llamar moderna, ciertamente, no sin fundamento, porque ha na con los modernos derrotados de decadencia nacional.

Mas no quiero dejar de consignar aquí la delicadeza peculiar de las poesías del Sr. Muñoz San Román se derrocha en sus tiernos drigales, que compara muy acertadamente guiendo al inolvidable Martínez de la Rosa el maravilloso insecto emblema fiel de la delicada. Y en verdad que hay en el bouquet de mariposas algunas cuyos matizos oro purísimo seducen al más escrupuloso muestra que sigue no me dejará mentir:

«Volcanes apagados, asesinos ocultos en la umbría, tesoros escondidos y cielos anulados, alma del alma mía, son tus ojos dormidos, tus espléndidos soles eclipsados.»

Aun más merito atesoran estas lucidas posiciones, si se atiende á que el madrigal su índole propia, hace fácilmente degenerar bobada el rasgo de ingenioso sentimiento debe caracterizarle, para evitar lo cual se gran cuidado y esfuerzo en el poeta, cosa ha tenido muy en cuenta el afortunado autor.

Mariposas.

Merece, pues, el joven literato un entusiasta aplauso de los amantes á las verdaderas letras, y yo le envío mi más cordial enhorabuena, aconsejo no abandone nunca la emprendida de los clásicos que, en los siglos XV, XVII, Gutierre de Cetina, Luis Martín, Góngora y Quiros, y en el XIX D. Antonio Arana, inspirado y correctísimo maestro que le ampara con sus valiosos preceptos, han escrito tan selectos madrigales que esclarecen y llenan gloria sus nombres, pese á los estravagantes ensimismados modernistas.

JUAN LÓPEZ DE TAMAYO.

Una española célebre

Anteayer se vió en París un proceso atraído á la Audiencia á toda la fine fleur de elegancia parisiense.

Se trata de una española que, desde tiempo, es ídolo del buen pueblo de París precisamente por su inteligencia ó por su dard, sino por su lindo palmito y por la incomparable con que mueve las piernas cuerpo al compás de los aires andaluzes que franceses corean con entusiastas góllas.

La paisanita, que compareció ante los magistrados de la nación vecina, aun que tiene sus puntas y ribetes de cortesana, presentó al tribunal vistiendo el sencillo y elegante traje que hizo que á Friné la absolutos jueces atenienses.

Se presentó módosica y muy bien compta, y durante toda la sesión no se desmintió gravedad española; tanto es así, que al revisteros de tribunales dudaban de que ag